

primidas se hundan, entre hileras de sauces, arroyos de agua turbia que más que ríos parecen zanjas agrícolas. El suelo, impermeable, es pobre en manantiales, mas como las lluvias no escasean, las granjas ó *bordes* suelen tener en sus inmediaciones charcas verdosas.

Este es por excelencia el suelo nutrico de la región: la disgregación de las margas ha formado lo que se llaman *tierras fuertes*, tierras de pan llevar que desde hace dos mil años no cesan de dar cosechas, y los campos dominan en la fisonomía del país, ocupando las cumbres y las laderas, aunque interrumpidos á veces por bosquecillos. Acá y allá se ostentan los árboles, especialmente en la forma extraña de encinas desmochadas; pero todo está subordinado al campo que, según las estaciones, presenta las doradas espigas de los trigos ó hace brillar las cañas del maíz ó se agosta bajo la polvorienta rubicundez de los rastrojos. La fertilidad agrícola se manifiesta aquí de muy distinta manera que en las llanuras limosas del Norte: pedazos de bosque, parcelas de viña, un trozo de prado y algunos árboles frutales diversifican el paisaje; todo es más variado, pero en más pequeña escala. La ventaja de un terruño fértil que permite recoger productos muy distintos en un reducido espacio, hace que alrededor de cada *bordé* se reúna un poco de todo lo que es necesario á la existencia rural. Estos *bordes*, situados preferentemente en las cumbres de las eminencias, hállanse diseminados por toda la comarca á una distancia de tres ó cuatrocientos metros unos de otros; en sus alrededores críanse cerdos y aves de corral, y entre ellos no se encuentran en parte alguna esos espacios vacíos que en las mesetas agrícolas del Norte se interponen entre los grupos. En cambio las construcciones son, las más de las veces, pobres, y las grandes aldeas, por regla general, escasean lo propio que los castillos. La granja es el tipo fundamental de población de la comarca, el que mejor responde á las condiciones de existencia.

Esta diseminación de vida rural se ha manifestado y mantenido sobre todo en las partes de la región en donde el suelo está constituido por margas y arcillas más bien que por calizas. Con las lluvias de invierno y de primavera, estas *tierras fuertes* se llenan de senderos fangosos con profundos baches; por esto la circulación ha sido difícil en ellas durante mucho tiempo, habiéndose necesitado todo el vigoroso esfuerzo de los grandes bueyes gascones para realizar el acarreo y las labores campestres. De aquí que cada una de estas pequeñas fincas rústicas, mal dotada de comunicaciones, aspirara á bastarse á sí misma, y esta es todavía la impresión que producen ciertas regiones de la meseta que han permanecido más tiempo apartadas de las excelentes carreteras modernas; como por ejemplo el Alto Armagnac ó la *Chalosse*, en los confines del Bearn, con sus oteros, sus focos y sus setos de árboles detrás de los cuales parece atrincherarse cada granja.

La diferencia de costumbres y de género de vida entre los habitantes del Pirineo y los labriegos del llano es profunda: entre los primeros la agricultura continúa teniendo un carácter semipastoril y sus campos todavía están rodeados de grandes espacios llenos de juncos y de helechos, lo que en Bearn se llaman *touyas*. Además siguen practicando la trashumancia á largas distancias y aún se ven rebaños de carneros que desde las eleva-

das regiones de la montaña avanzan hasta los eriales del Norte de Pau. El hombre de los valles pirenaicos es sobre todo un pastor, lo mismo en su patria que «en las Américas» cuando emigra, y cuando vemos la pobreza de sus instrumentos de labranza, acude á nuestra memoria la indignación expresada por Bernardo de Palissy (1). El habitante del Pirineo prefiere á los trabajos agrícolas la vida de movimiento á que le obligan sus rebaños, sus ferias, sus cambios periódicos.

En los aldeanos de las tierras fuertes del llano aliena, por el contrario, un alma de labrador. Allí se ha desarrollado mucho mejor la vida rural que la urbana, la cual, á pesar del refuerzo que recibió en la Edad media con las fundaciones de plazas fuertes ha permanecido subordinada á aquélla. La mayor parte de las ciudades de esta comarca de abundancia y de vida fácil viven del medio que las rodea, pues son los mercados agrícolas y los centros de transacciones en donde con ayuda de los hombres de ley que en ellas pululan, se discuten los intereses ó los quebrantos de los habitantes de las inmediaciones.

## III

## EL MEDIODÍA OCEÁNICO

## CAPITULO PRIMERO

## QUERCY Y PERIGORD

Los terrenos terciarios de la Cuenca de Aquitania no están situados inmediatamente junto á las rocas primitivas de la Cordillera central más que en las llanuras de Castres y de Albi, estando separados de ellas en el Quercy y en el Perigord por una zona de mesetas calizas de la época jurásica ó cretácea. Si desde el amplio y rico valle que el Tarn riega entre Gaillac y Rabastens, avanzamos cosa de quince kilómetros hacia el Norte, encontramos una especie de eminencia cubierta de bosques que desde una altura de unos 300 metros domina los vecinos valles: es la pequeña cordillera de la Gresigne, en donde se verifica la separación del Albigeois, del Rouergue y del Quercy. Más allá comienza, en efecto, una faja caliza que, siguiendo una dirección Noroeste, se prolonga hasta Saintonge y las islas y marca el límite septentrional de la Cuenca de Aquitania.

Los caminos que van del Mediodía al Norte ó viceversa han de atravesar esta zona caliza, en otro tiempo seguida en sentido longitudinal por la vía romana que ponía en comunicación Cahors con Perigueux y Saintes. De aquí la importancia histórica que tuvo y de la que son testimonios las muchas ciudades y castillos fortificados que dan á su superficie un aspecto militar y feudal.

Las rocas de las épocas jurásica y cretácea que constituyen la armazón del suelo han conservado generalmente su estratificación horizontal, pero por el desgaste

(1) *Recepte véritable*, 1563: «No podía mirar á los labradores sin montar en cólera al ver la pesadez de sus aperos» (edición An. France, París, Charavay, 1880, pág. 117).

prolongado del tiempo han quedado reducidas al estado de denudación y de esqueleto. En las *Causse*s del Quercy, prolongación atenuada de las del Gevaudán, la superficie está agujereada como una criba, caracterizándose esta comarca extraña por *igues* ó circos elípticos, bolsas ó cavidades cuyas paredes corroidas están tapizadas de arcilla roja y laberintos subterráneos en donde las aguas se acumulan. Hállase este territorio surcado por valles secos, algunos de los cuales están cortados en escarpas soberbias, como esa roca á pico, parecida á las brillantes *Fedriadas* de Delfos, en donde se instaló el antiguo santuario de Rocamadour. Sin embargo, por pobre y árida que sea esta superficie, no por esto carece de cultivos. El aspecto de conjunto de estas *causses* es el de una especie de bosque claro é interrumpido de encinas y enebros que se eleva y se inclina siguiendo las ondulaciones de la superficie. Una grava puntiaguda, resultado de la descomposición de las rocas, forma con un poco de tierra encarnada la epidermis del suelo. Pequeños campos, rodeados de muros de piedra, extiéndense alrededor de los *mas* y dan vida á algunas viejas aldeas.

Los ríos se han abierto paso al través de estas mesetas situadas más bajas que la Cordillera central; el Lot y el Dordoña han cavado profundos meandros entre los despeñaderos rojos y grises que ora se ensanchan formando circos, ora avanzan á modo de espólon sobre el rellano horizontal del valle. Algunos torrentes laterales en seco y algunas rampas en hemiciclo preparan la transición entre mesetas y valles y facilitan el acceso de los caminos. Los valles son hermosos y su fondo llega hasta el nivel de las fuentes por las cuales la meseta restituye una parte de las aguas que había confiscado; estas fuentes tan abundantes y tan puras tenían para nuestros antepasados galos un carácter sagrado, habiendo sido á menudo, como los *Douix* de la Borgoña caliza, origen de una ciudad cual la *Divona*, junto á la que nació Cahors.

Una nueva depresión, una atenuación nueva señala la transición del Quercy al Perigord. En éste encontramos las mismas fajas calizas que en aquél, pero á las empinadas escarpas de las calizas jurásicas suceden rocas corallígenas de la época cretácea, más blandas; vemos también igual sequedad de la superficie, la misma tierra roja ó *caussenal*, idéntico aspecto pedregoso tras una delgada cortina de sotos de encinas; pero las formas son más suaves y á la mayor variedad de la topografía corresponde mayor variedad de cultivos. Poco á poco la *Causse*, al suavizarse, se convierte en *Campña*, y cuando hacia Montmoreau se pasa de Perigord á Saintonge, la transformación queda consumada, alzándose entre valles de un dibujo firme y preciso anchas colinas completamente cultivadas. Siguiendo la cadena que se prolonga en la zona caliza del Quercy á la Saintonge, vemos, por consiguiente, en medio de la fisonomía general que conserva sus rasgos principales, cómo se amortiguan las asperezas, se atenúan los contrastes y la región se despeja á medida que se aproxima al Océano.

Menos imponentes, quizás, que cuando atravesaban las mesetas de las *Causse*s, los valles conservan, sin embargo, y aumentan su amplitud adquiriendo mayor gracia: el Dordoña del Perigord, el Vezere, el Isle y el Dronne bañan verdaderas llanuras risueñas y animadas

que se extienden al pie de rocas cavernosas, no habiendo en ningún otro punto de Francia valles tan hermosos, tan espléndidamente iluminados por el sol ni con tanta variedad de cultivos.

Sir John Lubbock, en un capítulo de su obra *El hombre antes de la historia*, se extasia ante el paisaje de ese valle del Vezere cuyas escarpas llenas de grutas son una colmena de viviendas primitivas, y describe la limpidez de las aguas en los huertos ó praderas limitados por rocas cubiertas de bojes y de carrasacas. Era esta una comarca á propósito para las poblaciones primitivas y en ella han dejado huellas los más antiguos rudimentos de arte y de civilización. Pocas regiones hay en donde pueda seguirse mejor la continuidad de la cadena que une las edades de la humanidad: las civilizaciones cuyos primeros bosquejos nos muestra la arqueología prehistórica prosiguieron su desenvolvimiento sobre la base de las mismas condiciones naturales y los establecimientos humanos han persistido en los mismos sitios. Debajo de las grutas la aldea se adhiere á las escarpas y muchas de esas excavaciones han dado origen á capillas ó santuarios, como Rocamadour y Brantome con su oratorio practicado en la peña á la manera de ciertos templos de la India. En Cromagnón (1) y en otras partes, la gruta primitiva se ha transformado simplemente en un sistema de viviendas cuyas puertas y ventanas abiertas en la roca «sugieren la idea de una *Petra* francesa.» Las lozas de caliza que habían servido para erigir numerosos dólmenes en las *Causse*s, se utilizan para la construcción de estas habitaciones redondas de tipo arcaico que recuerdan los *trulli* de la Pulla y que todavía edifican los labriegos del Quercy. En los promontorios que enlazan las sinuosidades de los ríos, en las lazadas cerradas por un istmo, cerca de hermosos manantiales, se instalaron varios *oppida*, algunos de los cuales se convirtieron en ciudades.

Hemos hablado de Cahors, pero ¡cuántas más poblaciones sería preciso citar! Desde lo alto de su peñasco de contextura marmórea, Angulema ve surgir á sus pies, en las praderas, aguas magníficas. Y si á estos recursos locales se agrega la antigua industria del hierro, nacida fácilmente del mineral esparcido en la superficie del suelo, veremos de qué concurso precioso de condiciones reunidas sobre el terreno disponían aquí las sociedades nacientes.

Estas sociedades se engrandecieron en armonía con el suelo. La antropología cree descubrir en los habitantes actuales rasgos de supervivencia conformes con los más antiguos ejemplares exhumados por las excavaciones. Sin embargo, no es dudoso que en fechas muy desiguales pueblos muy diversos vinieron á mezclarse con los primeros ocupantes; pero todos sintieron el ascendiente del suelo sobre el cual se establecieron, y todos cultivaron, acamparon y vivieron como sus predecesores. La originalidad de esta civilización local ha quedado inscrita en la piedra con la duración que ésta imprime á las obras del hombre, y hasta se han conservado en gran parte los antiguos marcos políticos, habiendo asimismo persistido los principales nombres

(1) La caverna de Cromagnón está abierta en las rocas de los Eyzies, en la confluencia del Vezere y del Beune (Véase *Dictionnaire topographique du département de la Dordogne*).

de los grupos establecidos antes de la época romana, Quercy, Perigord, Saintonge, como acontece allí donde las relaciones locales no han sido modificadas por influencias exteriores.

## CAPITULO II

## LA VIDA MARÍTIMA DEL SUDOESTE

Aquellas fajas calizas se prolongan hasta el Océano siguiendo la dirección Sudeste á Noroeste, como los pliegues subterráneos que unen el Limousín con la Venéa, como los surcos de Bretaña, como los accidentes que continúan al través de las llanuras del Garona los Pequeños Pirineos, y finalmente como los Pirineos mismos. Poco á poco se inclinan y bajan, pero conservan altura suficiente para terminar en mesetas en el punto en que el Océano las corta en sentido transversal. En el mar surgen elevadas torres de piedra blanca, algunas de ellas visibles desde lejos. El promontorio jurásico del Aunis avanza como un espolón entre los pantanos potevinos y la Pequeña Flandes charentesa y tiene su prolongación en la isla de Re, y el de la Saintonge, entre el Charente y el Gironda, opone á los embates del mar duras paredes de creta, que, sin embargo, corroen las olas, y tiene también su prolongación insular. En medio de las zonas más blandas que han desaparecido á consecuencia de los desmoronamientos, estas barras de resistencia constituyen el esqueleto del litoral y entre ellas se deposita grano á grano una lluvia de finas partículas arcillosas en forma de ese limo azulado llamado *brí* que en el mar de Saintonge constituye playas inmensas. Constrúyense nuevas tierras que engloban antiguas islas y encenagan las bahías; esto no obstante, el juego de las corrientes mantiene libres ciertas partes del litoral en donde la permanencia de los establecimientos humanos está relativamente garantizada y alrededor de los cuales ha podido arraigar la vida marítima, que siempre ha sido activa en ese archipiélago de los Pertuis, uno de los pocos abrigos que el golfo de Vizcaya ofrece á las embarcaciones.

Brouage, del que Richelieu quería hacer el gran puerto de guerra francés en el Océano, no ha podido conservar su antigua importancia y hoy su ciudadela solitaria domina un horizonte de lagunas; La Rochela, en cambio, ha continuado su vida histórica. Situada junto á un mar amarillento que baña una polvorienta campiña y ante el cual se alzan blancos acantilados visibles desde lejos, La Rochela vigilaba la entrada de los canalizos y el acceso á las islas. Aislada en una especie de propiedad natural por los pantanos que al Norte y al Sur rodean la meseta, era un sitio indicado para una república mercantil: esa reunión de golfos, de estrechos, de islas y de lagunas ofrecía un conjunto de condiciones propicias para una combinación política, que á buen seguro no habría dejado de realizarse en las playas de Italia ó de Grecia. La importancia histórica de esa ciudad no es debida únicamente á su situación local, sino á la disposición de un litoral cada vez más apartado de las atracciones interiores y proyectado hacia el mar. Las articulaciones insulares que continúan las mesetas del Aunis y de la Saintonge, no son una pro-

longación debilitada de las mismas; al contrario, en ellas se concentra la vida y se acumula la población, en mayor densidad que en el continente. Re, Marans y otros islotes, hoy invadidos por los aluviones, gravitan inmediatamente alrededor de La Rochela; y los apéndices insulares y peninsulares de la Saintonge, Olerón, Arvert y Marennes, formaban («el antiguo coloquio de las islas.») Por estas comarcas penetraron en estas regiones los comienzos de la Reforma: asilos y focos de propaganda sucesivamente, estas islas desempeñaron á mediados del siglo xvi un papel que las memorias de Bernardo Palissy dejan entrever.

La fisonomía de La Rochela presenta todavía rasgos muy acentuados de su pasado: ese pequeño puerto, celosamente encerrado entre dos grandes torres, parece esperar un ataque; esas largas y bajas arcadas diríase que están dispuestas á recibir las mercancías que en ellas han de exponerse, y hasta esas Casas Consistoriales, cuya fachada severa oculta un patio elegante, respiran el contraste de un pasado guerrero con una naturaleza abundante y de gracia apacible. La historia más que la geografía es la que ha traicionado á La Rochela; como otras ciudades de nuestro litoral oceánico, murió ésta por haber fracasado nuestro papel allende el Océano. El Canadá había sido principalmente obra de un saintongés; el continente americano pareció abrir horizontes ilimitados y la Saintonge fué, con la Normandía, una de las dos provincias de donde partieron los más serios refuerzos para asegurar á Francia una influencia sobre los destinos americanos. En otras partes se explotó sobre todo el comercio de las islas; desde aquí, por el contrario, tratóse de fijarse en el continente. ¿Nos dará el Africa el equivalente de ese pasado perdido?

El magnífico estuario en que termina el Gironda ha sido preparado desde remota fecha por oscilaciones en el dominio respectivo de la tierra y del mar. En varias ocasiones, durante la época terciaria, transgresiones marinas sucedieron á períodos de emersión, en el transcurso de los cuales las aguas corrientes habían modelado ya el primer esbozo de los actuales valles. A mediados de los tiempos terciarios, las invasiones del Océano alcanzaron su extensión máxima. Un golfo, dirigido en el mismo sentido que las grandes líneas de estructura que surcan el Oeste y el Sudoeste de Francia, rebajó profundamente las llanuras de Aquitania y depositó en las anfractuosidades anteriormente abiertas por las aguas, esas calizas (1) que, ora en las construcciones, ora en los cultivos, influyen poderosamente en la fisonomía del paisaje girondino, recortando al Nordeste de Burdeos las colinas de Lormont, coronando las mesetas del Entre-deux-Mers, y prolongándose, visibles en los flancos y á veces rajados por las canteras, en el valle del Garona hasta más allá de Marmande y en el del Dordoña hasta más allá de Sainte-Foi la-Grande. En cuanto esta formación aparece ó se aproxima á la superficie, la región toma un aspecto nuevo, monumental; de manera que cuando desde la comarca del ladrillo y del Toulousain nos acercamos al Bordelais, sentimos algo de la impresión que se experimenta pasando de Picardía ó de Champaña á la Isla de Francia: las

(1) Calizas de *asterias* (sistema oligoceno).

casas tienen mayor altura y los monumentos se multiplican.

Este antiguo golfo ha preparado de otro modo, además, los futuros lineamientos de la región: la prolongación de un brazo de mar al avanzar por los surcos ya trazados, engendró en provecho del Garona las mismas consecuencias que para el Loira la penetración marina que diseminó las margas de conchas fósiles hasta Turéna (1). Los ríos, atraídos hacia el nivel de base correspondiente al extremo superior de esos antiguos golfos, convergen y parecen darse cita para reunirse. Desde Burdeos hasta la confluencia del Lot y desde Burdeos hasta Courtrás, en un radio que no excede de cincuenta kilómetros, se cuentan cinco confluencias importantes de ríos; allí se junta un nuevo haz fluvial y por la ancha desembocadura común al Garona y al Dordoña penetra la marea por un lado hasta Langón y por otro hasta Libourne.

Burdeos es, pues, un emporio marítimo, pero es también un lugar de pasaje, siendo el sitio que ocupa el último punto de tierra firme que se ofrece descendiendo por la orilla izquierda del río. Siendo más bajo el enorme ensanche del estuario, los pantanos que lo limitan forman una barrera. Blaye, situada en la orilla derecha, fué durante mucho tiempo la última ciudad de Francia, como es todavía la última de la lengua de oil. Entre Saintonge y Medoc hay una especie de solución de continuidad en la unidad francesa, en la que hombres, trajes y casas difieren como difiere la comarca. La situación de Burdeos permite sortear en parte el obstáculo, cruzándose allí sin gran dificultad los caminos del Perigord y del Poitou con los del Garona y de los Pirineos.

Es este un punto de gran atracción. El Lot, el Dropt, el Garona, el Dordoña, el Isle y el Droue, procedentes del Agenais y del Perigord, hacen confluír los productos de sus bosques, de sus viñedos, de sus árboles frutales. Hacia Saint-Macaire, en el Garona, ó hacia Castillón, en el otro «mar,» comenzaba la zona de antigua clientela bordelesa, la serie de ciudades *hijuelas* de la poderosa municipalidad. Sin embargo, el área continental que gravita alrededor del emporio es reducida; la navegación fluvial no remonta muy arriba y jamás hubo esa importante red de navegación interior que encontramos en París ó en Ruán y que agita y mezcla profundamente la vida de una ancha cuenca.

Burdeos parece haber conservado siempre algo de lo que fué en su origen, una colonia: un enjambre de galos biturigos ocupó este lugar privilegiado en pleno país aquitano, que desde la antigüedad romana fué un punto adonde acudieron para comerciar gentes de lejanas tierras. Se ha observado con razón que el elemento extranjero tuvo siempre gran importancia en el comercio de Burdeos, en cuya vida económica han influido sucesivamente, según las épocas, ó simultáneamente, ingleses, escoceses y flamencos, judíos procedentes de España, bearneses y ceveneses, ú hombres de la Cordillera central. Como rasgo característico hay que añadir que aquí la ciudad ha transformado el campo. Lo que constituye la gala y el renombre de esta comarca es un producto cultivado con miras al comercio marítimo

(1) Véase el mapa de la pág. LXIX.

desde el tiempo de la dominación inglesa, y que se desarrolló á la manera que esos cultivos de exportación que una metrópoli trata de introducir en sus colonias. En efecto, para el tráfico de ultramar crecen los pantanos en largas *regues*, del mismo modo que en las lagunas del Sendre y del Charente se elaboraba la sal principalmente para los pueblos del Norte.

A partir del extremo del estuario del Gironda empieza una costa inhospitalaria que se prolonga en línea recta por espacio de 234 kilómetros hacia el Sur. Esta costa no ha estado siempre tan falta de abrigo como lo está en la actualidad, sino que en ella ha habido puertos que han disfrutado de una existencia temporal: el de *Vieux-Soulac*, cerca de la Punta de Grave, otro en la desembocadura del estanque de Cazán (2) y finalmente *Cap-Breton* y Vieux Boucán, en antiguas desembocaduras del Adour. Pero la prolongación incesante de las dunas por la cantidad de arena que una corriente litoral va colocando de Norte á Sur, ha hecho desaparecer sucesivamente esos nidos de pesca y de cabotaje. Sólo en Bayona la barra de colinas que limita la margen izquierda del Adour impide que el río siga divagando hacia el Sur y fija el sitio de un puerto; allí empieza ese litoral vasco, accidentado y pintoresco, de cuyas rías y puertos naturales salían en otros tiempos cada otoño tripulaciones de atrevidos pescadores para dar caza á las ballenas que hasta el siglo xvii no dejaron de frecuentar el golfo de Vizcaya. En esta serie de puertos que se extiende desde Bayona á Bilbao, por Pasajes y San Sebastián, hubo un foco de vida marítima en el que participaban vascos franceses y vascos españoles; durante los siglos xiii y xiv no hubo guerra para la cual no fueran estos marinos solicitados, y en el siglo xvi fué aquel el vivero de los más emprendedores descubridores de nuevas tierras.

Recordando estos hechos, es imposible no sentir una impresión dolorosa: aquella vida marítima decayó desde el siglo xvi. Al Sur del Gironda, la naturaleza parece responsable de esta decadencia, pues una gran parte del litoral está condenada á esterilidad á causa de la gran barrera de dunas por virtud de la cual el mar y la tierra se encierran en sus respectivos dominios excluyendo de ellos al hombre. Sin embargo, aun fuera de esa región inhospitalaria, al floreciente período del siglo xviii no siguieron los progresos que habrían podido esperarse: Burdeos no ha recuperado completamente los beneficios del «comercio de las islas» y La Rochela no ha reemplazado sus relaciones con América. Durante este período, el Oeste de Escocia y de Inglaterra, Glasgow y Liverpool, se engrandecían en proporciones inusitadas. La geografía nada puede alegar para explicar estos hechos y debe limitarse á ceder la palabra á la historia.

El Mediodía francés ha estado unido por semejanzas de civilización, pero jamás ha constituido un todo político, siendo esto un hecho histórico al cual no parece haber sido ajena la geografía. Entre el Mediodía mediterráneo y el Mediodía oceánico las relaciones son divergentes, y aunque las llanuras del Garona podían, al

(2) Este puerto es el que los antiguos mapas designan con el nombre de *Anchise*.

parecer, llegar á ser un territorio de unidad política, ni siquiera esto ha estado nunca en vías de realizarse.

En efecto, hemos podido comprobar que las analogías tantas veces alegadas entre la Cuenca parisiense y lo que se ha llamado la Cuenca de Aquitania son más aparentes que reales: la región del Mediodía aquitano depende íntimamente de una zona en donde los plegamientos han sido enérgicos y las destrucciones enormes y repetidas; los terrenos de la superficie están en su mayor parte formados por elementos detríticos de diferentes edades procedentes bien de la Cordillera central, bien sobre todo de los Pirineos, y los ríos, por la rapidez de su pendiente, por la desigualdad de su régimen y por la masa de materiales de que están cargados, siguen siendo la fiel expresión de una comarca puesta á prueba por accidentes de reciente fecha. La evolución de la red fluvial muéstrase poco avanzada, especialmente en Gascuña: entre el Garona y los Pirineos se extiende una gran meseta de restos en la cual no ha podido combinarse por falta de tiempo una red de afluentes y de subafluentes; en ella se encajonan los ríos, independientes unos de otros, entre colinas rectilíneas que oponen á las comunicaciones transversales una serie incesante de pendientes que hay que escalar. No hay afluentes que enlacen estos ríos y durante mucho tiempo tampoco hubo caminos que establecieran al través de estas recortadas mesetas una comunicación siempre asegurada. Exceptuando la gran vía directriz que desde el Mediterráneo y por un umbral bajo llega hasta el Garona medio para seguir desde allí las antiguas terrazas fluviales, no existe enlace cuya continuidad no encuentre obstáculos. La naturaleza de eriales, aparte de la gran superficie que en propiedad posee, reaparece acá y allá, al Norte del río,

lo mismo que al pie de los Pirineos, arenosa, casi solitaria, cubierta de juncas y de bosques.

Se comprende que esta región no haya encontrado en sí misma los medios de constituir una unidad política á pesar de los dones variados que hacen de ella uno de los territorios más afortunados para el hombre, uno de aquellos en que la vida es abundante y fácil. Falta en ella lo que los fisiólogos denominan punto de osificación, en otros términos, un centro común á cuyo alrededor las partes se coordinen. Las atracciones se dividen en distintos focos; así Tolosa y Burdeos, aunque situadas junto al mismo río, han vivido independientes una de otra, cada cual con su propia esfera de acción, y tan diferente como su aspecto ha sido el papel que cada una ha desempeñado. La falta de una vida común se manifiesta también, por ejemplo, en los efectos de la Reforma, muy potentes en ciertas partes del Mediodía y casi nulos en Gascuña.

En un espacio mucho más reducido que el que abarca la Francia del Norte, el Mediodía presenta divisiones más tenaces. Divisiones como Neustria y Austrasia no están profundamente impresas en la naturaleza, según lo indican sus numerosas variaciones, y por ende no resisten á las corrientes generales; en cambio los nombres de Gascuña, Guiena y Provenza, sobre todo el primero, responden á divisiones inveteradas y persistentes. La rica y fértil llanura del Sudoeste ha contribuido indudablemente á mezclar á los hombres, sin que, á pesar de ello, pueda decirse que se hayan confundido enteramente los diversos elementos que componen el fondo étnico. El gascón del Sur del Garona todavía expresa con la palabra *Gabachos* diferencias que no se han borrado enteramente.

## CONCLUSIÓN

### LA CENTRALIZACIÓN Y LA VIDA DE OTRO TIEMPO

#### I.—Los caminos

Llegados al término del presente trabajo, no debemos deducir todas las consecuencias históricas que puede sugerirnos, ya que este cuadro geográfico no puede invadir el terreno que corresponde á la introducción histórica y á toda la obra de la cual es sólo el prefacio.

Quisiera, sin embargo, llamar la atención únicamente sobre un punto, ciertamente de gran importancia: me refiero á los cambios que, según las épocas, ha experimentado el sistema de caminos. Una comparación fundada en estos hechos permite apreciar perfectamente la acción de la historia sobre las relaciones entre el hombre y el suelo, aislando en cierto modo esta influencia y haciendo destacar claramente la intervención de las causas de orden político y puramente humano entre todas las que se ejercen sobre las relaciones. Trátase, en efecto, de vías de comunicación que forman un sistema; no se trata, por consiguiente, del estado elemental de una región en donde las comunicaciones, mal enlazadas entre sí, obedecen principalmente á relaciones locales. Un sistema de caminos supone un desarrollo político avanzado en el que los medios de comunicación están combinados unos con otros, tanto para asegurar al Estado libre el empleo de sus recursos y de sus fuerzas, cuanto para poner la región en comunicación con las vías generales del comercio. La historia ha impreso ya allí su acción que se marca directamente sobre esta red, que viene á ser la armadura con que reviste el territorio.

Bastará exponer sumariamente el cuadro del sistema de caminos en dos épocas bastante lejanas una de otra para acentuar las diferencias: primero en tiempo de la dominación romana y luego á fines del siglo XVIII.

No puede hablarse en nuestro país de un sistema de caminos más que á partir de la dominación romana; pues si bien es muy probable que un gran número de vías romanas se adaptaran á una circulación anterior, que distaba mucho de ser inactiva, ellas fueron las que la sistematizaron y esto es lo que pone de manifiesto el cuadro, por incompleto que sea, que puede trazarse por medio de los itinerarios. Aquellas vías constituyeron una red á la cual se señaló un centro; Lyon, dice Estrabón, es el centro de la Galia, pero entiéndase bien que se refiere á un territorio cuyos límites son el Mediterráneo y los Alpes, el Rhin y el Océano. Grandes vías transversales se injertan en un tronco que sigue el valle del Ródano y conducen al Paso de Calais, á la desembocadura del Sena y á las del Loira, del Charente y del Girona. El trazado general se aproxima visiblemente á las principales direcciones fluviales y en él se manifiesta de

un modo claro la idea maestra que de nuestro país se habían formado los antiguos, según los cuales era el mediador entre Italia y el Océano.

Merecen, sin embargo, notarse algunos rasgos especiales. Así la importancia particular de la región comprendida entre el Sena, el Mosa y el Escalda, base de las relaciones con la isla de Bretaña y de los países renanos, se manifiesta por la reducción de las mallas de la red, vislumbrándose ya las ventajas inherentes á la posición de París aun cuando nada anuncie todavía claramente el futuro predominio de este punto. Los principales nudos de comunicaciones se encuentran más hacia el Norte.

Hemos expuesto en varias ocasiones lo que en la vida pasada de nuestro país fueron estas vías romanas. El comercio, las expediciones militares, el desarrollo de las ferias y de las ciudades á ellas se ajustaron, y los intereses que se fijaron ó se apoyaron en ellas opusieron sin duda durante mucho tiempo á modificaciones ulteriores en nuevos intereses inspiradas. Estos, sin embargo, á la larga prevalecieron imponiendo un cambio notable en la fisonomía de la red. Cuando se compara el sistema de las vías romanas con el realizado por la monarquía francesa á fines del siglo XVIII, diríase que se trata de una hoja sobre la cual se han tirado pruebas diferentes.

La red de vías postales organizada por Colbert y perfeccionada por el Cuerpo de Puentes y Calzadas de Luis XV, comprende todas las vías del reino en las cuales estaba asegurada una comunicación regular y rápida, dentro de las condiciones de la época. Esta red es anterior á la gran revolución que transformó la vida moderna, y al decir esto no nos referimos á la revolución política, sino á la que se operó en los medios de transporte á mediados del siglo XIX. Mucho se había progresado á fines del siglo XVIII en punto á rapidez de los viajes (1), y sin embargo los resultados en aquel tiempo conseguidos, hoy nos harían sonreír; en aquella fecha y hasta en los comienzos del siglo XIX la circulación de las cosas, ya que no la de las personas, continuaba sujeta á las mismas dificultades y á las mismas lentitudes que en el pasado, y todavía no se sospechaba la intensidad de atracción que comarcas, aun apartadas, pueden ejercer unas sobre otras.

La diferencia entre la red romana y la red monárquica de fines del siglo XVIII es hija principalmente

(1) Duración de algunos trayectos en 1765: de París á Lilla, dos días; á Besanzón, siete; á Nancy, ocho; á Rennes, ocho; á Nantes, nueve; á Marsella, doce; á Tolosa, diez y seis.